

## Un árbol, un hijo, un libro

“En el pasado, la cultura fue una especie de conciencia que impedía dar la espalda a la realidad. Ahora, actúa como mecanismo de distracción y entretenimiento.”

Mario Vargas Llosa en  
*La civilización del espectáculo.*

Tradiciones. De alguna manera nacen y empezamos a seguirlas. No sé exactamente cuando empecé a creer que serían objetivos de todo hombre escribir un libro, tener un hijo y plantar un árbol. De todos modos, me parecen iniciativas interesantemente semejantes y que, consideradas sus proporciones, implican compromisos similares.

Siempre tuve mucho miedo de qué tipo de hijos le dejaríamos al mundo, y acompañé el crecimiento del mío con atención. La vida, al fin y al cabo, no se cuenta en hojas de almanaques, y sí en encuentros. Cada nuevo día me reencuentro con mi hijo, mi esposa, mis amigos, mis alumnos, mis libros, mi familia. Todos son mi familia.

No será diferente con el gajo de cerezo que recibí de regalo este mes en el Fórum Nacional de Directores de Escuelas Públicas en la capital minera, Belo Horizonte, y en el cual tuve la honra de participar compartiendo mi visión sobre la importancia de la enseñanza de Derechos Humanos en el proceso de formación de niños y jóvenes. Acompañaré con cariño el crecimiento del pequeño pedazo de Japón que orgullosamente planté. Es mi primer árbol y no imaginaba la felicidad que me daría hacerlo.

Seres extraños que somos, creemos en cosas que no existen en la naturaleza. Somos la única especie que camina en este planeta y cree en espectaculares, complejas y necesarias ficciones intersubjetivas. Profundamente consciente de que solo tizas y pizarrones nos separan de la barbarie, y agudamente consciente de que no basta apenas ofrecer educación de calidad, sé que es importante que se promuevan debates que forjen seres que crezcan creyendo en la más fundamental de todas las ficciones en las que necesitamos creer: que la dignidad debe estar asociada a todo ser humano por el simple hecho de ser humano, independientemente de su estado de evolución y de lo que haya venido a hacer en su camino.

Y esto implica de manera práctica usar un único verbo, que parece que tenemos una desconcertante dificultad en conjugar, un sustantivo simple, leve y elusivo: respetar, respeto.

El gajo de cerezo en siete años florecerá junto con la segunda infancia de mi Joaquim. En julio, en Belo Horizonte, Buenos Aires y Gualeguaychú nace “Cartas a Gualeguaychú”, una antología de las doce primeras columnas sembradas en mi matear mensual en las veredas de la “República Entrerriana”, nutrida por los flanes de Marina, el calor del hogar de Nahuel y Verónica, por el amor de los ojos de Ricardo, por la inquietud de la dulce y curiosa mirada de Juani, Maristela y Hanah. Por el huracán Pampa Dumón y el cariño de Vivi, Paz y Marisa. Una obra orgullosamente colectiva, nacida mientras nos deslizábamos en aguas internacionales, en un paseo en barco, fruto de un solemne ignorar de fronteras, del sueño de ver nuestros hijos jugando juntos y nuestros árboles como verdaderamente nuestros.

La idea del señor Miura es hermanar Brasil y Japón a través de este árbol icónico. Ha dedicado su vida a sembrar por todo Brasil el árbol símbolo de su país. Su sueño es verlo florecer en cada escuela pública. Si en el transcurso de la próxima generación consiguiésemos lo mismo con los Derechos Humanos, bajo el mismo concepto de que el otro merece respeto, de que merece siempre ser recuperado al mínimo nivel de dignidad que creemos aceptable para nosotros mismos, le habremos dado sentido a nuestra existencia conjunta.

Nuestro mayor objetivo educacional debe ser ayudar a superar una clara falla en la formación filosófica y sociológica de nuestras naciones en las cuales la dignidad es peligrosamente

relativizada, a pesar de los claros ejemplos históricos que deberían alertarnos sobre las terribles consecuencias de este tipo de visión.

Años atrás leí una de esas acéfalas “investigaciones”, que no se sabe cómo obtienen patrocinio, y que concluía, después del alegado profundo análisis de “datos”, que ¡las parejas que tenían perros eran más estables! Nunca se les debe haber ocurrido a esos “científicos” que este tipo de desecho poluciona el horizonte académico, que las parejas que ya son estables buscan casa, hijos, mascotas, o sea, que la estabilidad puede ser un hecho anterior y que en realidad concluyeron que la cola mueve al perro.

Con esa misma brillantez, se concluyó hace poco en Brasil que “la inclusión de filosofía y sociología como materias obligatorias en la escuela secundaria en 2009 perjudicó el aprendizaje de matemática de los jóvenes brasileños, principalmente los de bajos recursos”. Los créditos de tamaño sagacidad son de Thais Waideman Niquito y Adolfo Sachsida, en un estudio inédito que será publicado por el IPEA (Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada).

Sumo mi voz a la indignación del filósofo Paulo Ghiraldelli Jr., en un artículo recientemente publicado en el diario *A Folha de Sao Paulo*, sobre como la matemática parece realmente haberles hecho falta a los autores de tal burrada:

“Pero, aunque podamos ceder al sentido común estúpido, que cree que matemática y portugués sean las únicas cosas que deben enseñarse en la escuela, sería completamente insano decir que unos míseros minutos de filosofía a la semana son el lobo feroz que les ha impedido a los cerditos volverse los vencedores de las olimpiadas de matemática en Codó (Maranhão) o en Cruz das Almas (Bahía).

[...] Se trata, en esa investigación en cuestión, de poner en la mesa elementos ilegítimos de apoyo a la reforma de la enseñanza del gobierno Dilma-Temer, cuyo único objetivo es vaciar el plan de estudios de la escuela secundaria. El objetivo es hacerlo igual para todos —igual en la mediocridad—. Democratizar la escuela se volvió sinónimo de socializar la incultura.

La escuela pobre para el pobre.”

Mientras caminaba ayer para el lugar en el que más me gusta estar en la vida —una sala de clases—, me deparé con un hombre sentado en una vereda al anochecer, mezclado con las sombras, abriendo bolsas de basura y, en la oscuridad, llevándose a la boca todo lo que encontraba y que parecía tener alguna textura comestible.

Sueño con otras veredas. Es dilacerante la impotencia de no poder salvar aquella alma. Lo que me mantiene en pie es la sensación de que puedo evitar que al menos algunas otras se sumen a la población de nuestras calles.

Solo la educación nos salva. Felicitaciones Fundación Pitágoras y conspiradores de la Alianza Brasileña por la Educación, por reunir y empoderar a los héroes que pueden hacer diferencia en este nuestro perverso contexto, y ayudar a poblar de manera distinta las veredas de nuestro futuro: los directores de nuestras escuelas públicas.

Que florezcan los cerezos y nuestros proyectos. Planté Joaquim, el *sakurá* y Cartas a Gualeguaychú.

#  
#